

HISTORIA

CLAUDIO GAY: TESTIGO DE UN CHILE DE HACE
MAS DE UN SIGLO

(II PARTE)

por el Prof. SERGIO VILLALOBOS



Claudio Gay, en los últimos años
de su permanencia en Chile

En los primeros días de octubre de 1842 remontaba las aguas del Garona la fragata *Arequipa* y lentamente, abrazada por las aguas del río, iba a atracar en Burdeos junto a un grueso muelle de piedra.

La agitada navegación había durado noventa y siete días desde Valparaíso, largo martirio para los pasajeros y especialmente para Gay, que apenas trepaba la escalerilla de un barco sentía la náuseas del mareo y creía que el mundo se desmoronaba a su alrededor. Pero ya en tierra eso quedaba atrás y el aire de la patria, el contacto con la gente y las cosas suyas, pronto le volvieron el alma al cuerpo.

Con tantos planes en la cabeza y una tarea tan larga por delante, no podía haber momentos de reposo y al cabo de unos pocos días, ya estaba en París con su familia y comenzaba sus actividades.

En primer lugar se ocupó de informar a las sociedades científicas de la conclusión de sus investigaciones en Chile. Francisco Arago se encargó de dar cuenta a la Academia de Ciencias y anunció la próxima publicación de la *Historia física y política de Chile* que, a su juicio, sería de gran interés para los científicos.

Personalmente, Gay leyó en la Sociedad de Geografía de París una memoria de sus exploraciones, que obtuvo los mayores elogios y le valió ser elegido miembro de número de aquella corporación, en la que más tarde ocupó el cargo de vicepresidente. Esa misma sociedad le otorgó, en reconocimiento de sus valiosos aportes al conocimiento geográfico, la medalla de oro correspondiente a 1845; con motivo de la entrega de esa distinción, leyó un trabajo sobre geografía botánica de Chile, que le hizo acreedor a las felicitaciones del barón Humboldt.

En los primeros meses de 1843 Gay tenía reunido un grupo de meritorios especialistas, algunos de ellos miembros de la Academia de Ciencias y otros que luego alcanzaron una gran nombradía, y había organizado el trabajo pese a numerosas dificultades. Seis botánicos se encargaron de la flora y siete zoólogos de la fauna. Según el plan de Gay, cada uno se haría cargo de determinados grupos o familias, describiendo científicamente los ejemplares que le serían entregados. La redacción final sería revisada por él mismo y agregaría largas notas sobre el nombre vulgar de cada especie, sus costumbres y género de vida en el caso de los animales, la utilización que tenían, etc.

Ya en plena labor, él mismo se encargaba de describir a don Manuel Montt la avalancha de trabajo y preocupaciones en que se veía sumido: "Ud. no puede creer todas aflicciones que me ocasiona esta gran empresa. Es necesario que mi entusiasmo esté bien arraigado para poder bastar a ello, pues aunque

cuento con muchos colaboradores, me veo obligado sin embargo, a revisar todos sus manuscritos para poner más orden y más armonía en esta parte científica, que me agrada más, porque tengo la convicción de que será perfectamente tratada. Tengo ahora en mis carpetas más de dos volúmenes de historia natural en manuscritos que podría entregar a la impresión si yo hubiera publicado la obra en francés y para los europeos, pero destinándola más particularmente a Chile, estoy obligado entonces a retocar esos manuscritos, cambiar o agregar en las descripciones y traducir yo mismo la mayor parte, a causa de todos esos términos técnicos a los cuales mi traductor no podría darles el verdadero sentido. Debo, además, concurrir con bastante frecuencia a la imprenta para indicar los numerosos cambios de letra que las descripciones científicas exigen, corregir las pruebas, vigilar a más de cincuenta personas ocupadas en los dibujos, en el grabado y el colorido de las láminas, en fin, entregarme a trabajos completamente materiales y en manera alguna de mis gustos; pero no importa, deseo ardientemente conducir a buen fin una obra que no puede sino darme mucho honor, que ningún país de las dos Américas, y aun de varias partes de Europa, podrán ofrecer cosa semejante. Esa es, por lo menos, la opinión de los sabios que han estado en condiciones de revisar mis colecciones y mis manuscritos, y es lo que parecen asegurarme los primeros e importantes trabajos de mis colaboradores".

Al mismo tiempo, Gay se ocupaba de la preparación de la parte histórica, que le causó muchos dolores de cabeza. Comenzó él mismo redactando los primeros capítulos y logró trazar un buen cuadro de la época de la Conquista, para lo cual dispuso como novedad de cinco cartas de Pedro de Valdivia al emperador Carlos V, que hasta entonces no habían sido utilizadas. Habría seguido ocupado de esa tarea si los demás trabajos no le hubiesen requerido con insistencia; pero se vio obligado a dejarla de lado y entonces comenzó el problema de buscar un colaborador capacitado. Creyó encontrarlo en un emigrado español, Pedro Martínez López, que poseía conocimientos idiomáticos del español y del francés y era autor de algunos trabajos sobre ambas lenguas. Martínez López tenía, sin embargo, un gusto perverso y dio rienda suelta a un estilo declamatorio y pedantesco que estimaba como el *non plus ultra* del arte y del intelectualismo.

Gay vino a caer en cuenta de su mala elección cuando el español le entregó la traducción de su manuscrito francés y la continuación hecha por él mismo, donde ya no había cortapisa para su vuelo extraviado.

El tratamiento dado a la historia dejaba, también, mucho que desear y así no hubo más que pagarle su trabajo y decirle que no continuara. Otro español llamado Francisco Noriega recibió el encargo de continuar la historia y de depurar el texto de su predecesor. Bajo la vigilancia estrecha de Gay y siguiendo sus consejos, elaboró acertadamente casi todo el período colonial, utilizando como fuentes fundamentales las crónicas manuscritas de Vicente Carvallo y Goyeneche y de José Pérez García, que le permitieron en un plazo relativamente breve tratar con claridad más de doscientos años de historia. Finalmente, el mismo Gay asumió la tarea, no menos larga y tanto más difícil, de escribir la historia de la emancipación, para la cual estaba especialmente preparado por sus investigaciones en Chile y el Perú y sus conversaciones con los testigos de la época. Esta parte de la historia, juntamente con la Conquista, también escrita por él, resultaron los aportes más valiosos para conocer el pasado chileno.

Doce horas diarias trabajaba Gay con entusiasmo infatigable y aquellos días habrían sido de verdadera felicidad si desagradables sucesos no hubiesen amargado continuamente su ánimo.

Muy a su pesar, por uno u otro motivo, debía concurrir con cierta frecuencia a conversar con el representante de Chile, Francisco Javier Rosales, que no le tenía el menor aprecio y se valía de cualquier asunto para contrariarlo. "Siempre atento para criticar todo —decía Gay a Montt— no puede comprender que el gobierno y las principales familias de Chile tengan que dar algunas pruebas de estimación a una persona de apariencia tan modesta e incapaz de ponerse bien una corbata; por eso con aquel aire de superioridad y ese tono de grandeza que le caracteriza, me mira casi al igual que un obrero, tratando de esta manera de rebajarme y de hacerme pagar muy caro el insigne honor que el gobierno ha tenido la generosidad de dispensarme al decretar que mi retrato fuese colocado en el Museo". Más adelante agregaba: "El tiene conocimiento que todos los sabios de París tienen la mayor consideración por mis trabajos como muy concienzudos y hábilmente realizados, pero para él, que no considera a los individuos más que según su pretensión, todo eso no es sino futilidad y no teme siquiera censurar al gobierno de haberse suscrito a mi obra" y luego concluía enfadado, "no sé por qué me preocupo de la opinión que pueda tener de mí un hombre tan vivamente atormentado por una fiebre de orgullo y de grandeza, y que no encuentra el verdadero mérito sino en un departamento ricamente amoblado o el corte de un traje".

Mucho más graves y enojosas eran las relaciones con su esposa, que habían empeorado desde el regreso de Chile, pese a las condescendencias con ella y su familia. El asunto debió resolverse en un tribunal, que determinó la separación y entregó a Gay la tutela de su hija, justificando de esa manera su conducta.

En adelante pudo gozar de mayor tranquilidad y preocuparse sólo de la niña, a la que quería entrañablemente y en quien tenía puestas grandes esperanzas por la suavidad de su carácter y su inteligencia. Cuando las ocupaciones se lo permitían, se dirigía al colegio en que estaba internada, en Grenelle, en las afueras de París, y allí pasaba momentos de alegría para regresar luego con la mente llena de las frases elogiosas de las profesoras.

Pero esa dicha, plena de esperanzas para el futuro, terminó abruptamente cuando menos lo esperaba. Se encontraba en España buscando papeles para su historia, cuando recibió una carta de la directora del colegio anunciando el fallecimiento de su hija a causa de una hemorragia sorpresiva. Entonces creyó enloquecer y su única idea fue regresar a Francia, pero una persona amiga lo retuvo y le hizo ver que era mejor que continuase sus trabajos. Sin darse cuenta de lo que hacía, recorrió varias ciudades, con ánimo de concluir pronto y al fin pudo desligarse de todo para correr a París.

En el colegio de Grenelle había concluido algo de su vida y allá se dirigió en peregrinación dolorosa. Todo le traía recuerdos amargos, el patio del colegio, sus árboles, la sala de la directora, y sobre todo las cosas de su hija, que debió recoger, y las palabras de las maestras con elogios renovados, que abrumaban su garganta y sus ojos.

Pero aquello era una nueva realidad y había que afrontarla.

La razón dice que el trabajo es el mejor paliativo para el dolor y aunque fuese difícil creerlo, había que intentarlo.

¡Por fin llegó el momento en que tuvo en sus manos el primer tomo de la *Historia física y política de Chile!* Era un volumen de regular tamaño, impreso en forma correcta y sin ningún lujo; solamente el escudo de Chile con su ágil huemul de aspecto de potrillo y el cóndor en pose difícil, daban ligereza a la portada y rompían la monotonía de sus excesivos títulos. En sus páginas se encerraba el fruto de tantos esfuerzos y al recorrerlas una vez más, Gay sintió la satisfacción del autor que ve cumplirse sus anhelos.

Corría entonces el año 1844 y desde entonces hasta 1865, durante veintiún años, las prensas arrojaron a la luz pública los diferentes tomos de la obra. La parte

propiamente histórica comprendió ocho tomos, la Botánica ocho y la Zoología ocho, además se imprimieron dos tomos de documentos históricos y dos grandes atlas con dibujos de las especies naturales, mapas de las diversas regiones y grabados de los paisajes, tipos humanos y costumbres del pueblo chileno. Finalmente, Gay agregó dos volúmenes sobre la agricultura del país. En total, fueron treinta tomos, que llenaron ampliamente las esperanzas del gobierno y significaron para Chile un timbre de orgullo entre todas las naciones de América, pues ninguna disponía de una obra tan completa y rigurosa. Los mismos sabios de Europa estaban admirados de la calidad e importancia del trabajo y no escatimaron sus elogios.

Desde entonces Chile dispuso de una fuente segura de información sobre su historia y la flora y fauna, estudiadas con método científico y moderno.

En la parte histórica, los períodos mejor tratados fueron la Conquista y la Independencia, estudiados por el mismo Gay con un material documental básico y sometido por él a un análisis crítico para depurarlo y obtener la realidad de los hechos. Así obtuvo una relación fidedigna, muy superior a las viejas crónicas coloniales y que para la lucha de la emancipación tuvo el mérito de ser el primer panorama general, trazado con altura de miras y alejado de personalismos, de facciones y de espíritu propagandista.

Esta parte de su obra fue importante, además, porque señaló una orientación metodológica para el cultivo de la historia: antes de pensar en una síntesis y en una interpretación filosófica del pasado, como pretendían algunos jóvenes intelectuales, entre ellos José Victorino Lastarria, que deseaban dar libre vuelo a sus especulaciones, era necesario realizar un enorme esfuerzo de investigación, recopilación de documentos, catalogación de archivos, elaboración de temas monográficos, etc., para llegar a un adecuado conocimiento de los hechos; solamente una vez que esa tarea estuviese realizada, a la vuelta de quizás cuántos años, sería posible entrar al campo de las interpretaciones brillantes.

Don Andrés Bello sustentaba el mismo criterio y bajo la influencia de ambos personajes se modeló la primera generación de historiadores chilenos, que tuvo así la dirección intelectual del rector de la Universidad de Chile y el ejemplo concreto dado por el sabio francés. De esa escuela salieron los tres historiadores clásicos de Chile, Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna, y sus principios han tenido una larga vigencia en la historiografía nacional.

En cuanto a la Zoología y la Botánica, puede afirmarse que ellas constituyeron el primer estudio gene-

ral de las especies chilenas hecho sobre sólidas bases científicas. Hasta entonces no se contaba más que con la *Historia natural de Chile*, del abate don Juan Ignacio Molina, publicada sesenta y dos años antes, en 1782, en Bolonia, y aunque ese trabajo había sido hecho con las mejores intenciones, adolecía de graves defectos, porque las observaciones habían sido realizadas por Molina en plena época colonial, siendo aún muy joven y sin poseer el método adecuado.

Ahora, en cambio, los especialistas y cualquier persona de mediana cultura, tenían acceso a una fuente de información más o menos completa y segura, que en adelante sería la obra obligada de consulta y el punto de partida para nuevas investigaciones.

Sin lugar a dudas la *Historia física y política de Chile* podía ser criticada en algunos aspectos, y de hecho se le formularon objeciones, pero las fallas o vacíos de que adolecía eran pequeños en la totalidad del conjunto y perfectamente justificables en una obra tan extensa y con tanta variedad de materias. El mismo Gay así lo entendía y con su firme criterio científico reconocía las limitaciones del trabajo y estimaba que antes de mucho sería superado por nuevas investigaciones. Esa tarea debía corresponder a la juventud chilena, según sus generosas palabras.

Pero por encima de la modestia de Gay debe reconocerse el gran valor de su obra, trabajo de pionero en una tierra casi virgen para la ciencia y en gran parte dominada por la barbarie de la ignorancia.

Con el correr del tiempo los honores habían aumentado y Gay podía sentirse en la plenitud de su carrera. El gobierno chileno al crear la Universidad de Chile le había designado miembro de esa casa de estudios y Gay apreciaba esa distinción, sin olvidar de agregar aquel título a los demás que poseía. Pero el lugar más destacado que alcanzó, fue el de miembro del Instituto de Francia, lugar codiciado por todos los intelectuales franceses y culminación de las más brillantes carreras. La Academia de Ciencias de aquella corporación lo eligió como uno de sus integrantes en mayo de 1856 y el día 2 del mes siguiente, el presidente, Geoffroy Saint-Hilaire, lo invitó a tomar asiento entre sus colegas.

Esas distinciones y la publicación de sus trabajos, rodearon de prestigio a Gay, que al pasar los sesenta años sentía ya que el nombre de sabio rondaba su figura.

Fue por entonces cuando decidió hacer un nuevo viaje a Chile, debido a ciertos problemas que afectaban a la publicación de la *Historia física y política* y que deseaba arreglar personalmente.

En marzo de 1863 desembarcó en Valparaíso y desde allí anunció su arribo a don Diego Barros Arana en

una carta que revela los sentimientos que le embargaban: "Antes de morir he querido ver una vez más este hermoso país y los excelentes amigos que aquí poseo y que me serán siempre tan queridos. Seguramente, si no consultase más que mi corazón, habría vuelto a Chile para establecerme definitivamente y pasar aquí el resto de mis días. Pero no es ésta mi intención: pienso volver a Francia dentro de pocos meses llevando si es posible, un aumento de mi patriotismo chileno y nuevos recuerdos de las personas que me honran con su amistad".

El gobierno chileno, presidido por don José Joaquín Pérez, le recibió cordialmente y le dio claras muestras de aprecio, invitándolo a las ceremonias públicas más significativas, como la inauguración de la estatua del general San Martín y la conclusión de los trabajos del ferrocarril entre Santiago y Valparaíso. La liquidación de las deudas que el gobierno tenía con Gay por la publicación de algunos tomos de la *Historia física y política de Chile*, se llevó a feliz término y el Congreso Nacional, reconociendo la gran deuda moral y cultural que el país tenía con el naturalista, aprobó una ley que en su parte dispositiva decía: "Se asigna a don Claudio Gay, como testimonio del agradecimiento nacional, la renta vitalicia de dos mil pesos por año, que podrá gozar residiendo fuera del territorio de la República".

Los amigos personales le abrumaron de atenciones desde que pisó tierra chilena y un banquete público organizado en su honor, tuvo carácter de homenaje nacional.

¡Qué felices fueron aquellos meses! De nuevo pudo visitar las ciudades, el campo y las haciendas, encontrando siempre la amistad y el alma abierta del chileno. Todo le interesaba porque era como algo suyo que volvía a encontrar después de veinte años. Conversaba con las autoridades, los hacendados y los labriegos, inquiriendo toda clase de noticias y dirigiéndose como en sus mejores años a cualquier parte donde hubiese algo de interés.

Pero ya no eran las búsquedas científicas las que le movían, sino las sorpresas que le deparaba el progreso del país, que para él era como una gran experiencia nacional. Ahora había buenos caminos, excelentes carruajes, ferrocarriles en expansión que vencían audazmente las barreras naturales, nuevas técnicas agrícolas, gran desarrollo de la minería, un comercio muy activo y, en general, un avance material que asombraba.

No menos interesante era el desenvolvimiento de la cultura, que él había conocido aletargada. Por todas partes escuelas de primeras letras y liceos; la Universidad expandía sus funciones dentro del más severo espíritu académico, la juventud conocía nuevos hori-

zontes, el arte y la literatura mostraban cierta inquietud y el estudio de la historia contaba ya con investigadores aguerridos.

Junto con el progreso, la política demostraba madurez y el orden institucional que él vio establecer cuando llegó al país por primera vez, era ya un sistema sólido consagrado por los años. Los gobernantes eran siempre gente recta y de criterio y la administración pública se movía dentro del orden y el rigor. Gay tenía aún el propósito de escribir algunos últimos trabajos sobre Chile y aprovechó el viaje para reunir libros, periódicos, informaciones estadísticas y cuánto pudiese serle útil. En sus planes figuraban una geografía física, un estudio sobre los araucanos, una recopilación estadística y una especie de historia de la civilización en que entrarían datos sobre la vida económica, la sociedad, las costumbres, la administración, etc., que prueba que su concepto de la historia iba más allá de lo esencialmente político, como quedó demostrado, por lo demás, en los tomos dedicados a la agricultura. Desgraciadamente, no tuvo la tranquilidad ni la salud suficientes para realizar esos proyectos.

A fines de 1863 abandonó el país con el presentimiento de que era su última visita. Por una parte, sentía la tristeza de aquella despedida, pero por otra iba encantado con todo lo que había visto.

En los últimos años de su vida, Gay se instaló en un espacioso departamento en el número 26 de la Ville de l'Évêque, en París, y llevó una existencia muy holgada. Su casa era la de los chilenos, que siempre encontraban allí una amistad sincera y un guía seguro para conocer los lugares interesantes u obtener una recomendación para vincularse con tal o cual institución o con algún personaje.

"Don Claudio Gay —anota Barros Arana, que lo conoció íntimamente— prestaba estos servicios sin afectación, creyendo según decía, pagar en parte la inmensa deuda de gratitud que tenía para con nuestro país, que llamaba siempre su patria. En efecto, jamás extranjero alguno fue más chileno en sus aficiones que Gay. Cuando hablaba de Chile se entusiasmaba a tal punto que hallaba bueno todo lo de nuestro país, su suelo, su clima, sus producciones, sus hombres, sus costumbres. En su conversación se animaba singularmente cuando refería sus viajes y exploraciones en Chile, las mortificaciones y sufrimientos porque había pasado en algunas ocasiones, la vida que había llevado en el campo, en las cordilleras, en las selvas del sur, en los poblados del norte, y cuando recordaba las amistades que había dejado aquí, la hospitalidad generosa que había recibido ya fuera en las casas espaciosas de una hacienda, ya en un rancho

miserable de un vaquero o en las rucas de los indios araucanos. En los últimos años de su vida, cuando la vejez y las enfermedades habían doblegado su cuerpo, Gay parecía rejuvenecer al evocar esos recuerdos en su conversación. En medio de su contento, entonces, imitaba los cantos populares que había oído, o imitaba los gritos de los huasos en una trilla o en un rodeo". Las comidas chilenas también formaban parte de sus recuerdos emocionados y en cierta ocasión escribía a su joven amigo Vicuña Mackenna, que visitaba Europa con su esposa, que no esperaba más que su llegada a París para reunirlo con otros compatriotas "en una comida a la chilena con charquicán, valdiviano, cazuela, empanadas, guachalomo y *tutti quanti*".

Esos años se vieron amargados, sin embargo, por una afección a la vista y otros achaques que los obligaban a suspender sus tareas, causándole un fastidio difícil de soportar. De buenas ganas hubiese pasado sobre las recomendaciones de los médicos, y así lo hizo en más de una ocasión, preguntándose a modo de disculpa "¿Cómo tener la fuerza de renunciar al trabajo intelectual que ha hecho la felicidad de toda mi vida?". Como si esos contratiempos fuesen pocos, las noticias de Chile no siempre eran gratas. Los recursos para sus nuevos trabajos le fueron negados y hasta él llegaron rumores de algunas críticas contra su obra que dejaban ver la incompreensión y la mezquindad.

La situación que vivía Francia tocaba también sus íntimos sentimientos de patriota y hombre de bien. El espectáculo del Segundo Imperio con sus derroches y negocios oscuros, la ostentación y el armamentismo, le hacía proferir duras críticas y en cierta oportunidad exclamaba con nostalgia "¡Cuántas veces no he echado de menos a mi buen Chile!".

El emperador Napoleón III se le presentaba como un hombre ambicioso e incapaz, cuya política arbitraria era la ruina del país y significaba para Francia la participación en las más descabelladas y sangrientas empresas internacionales. Llevado por la ira y la impotencia no vaciló en llamarlo "nuestro famoso bandido N^o III".

Creía ver en el horizonte las más negras amenazas para Francia y los sucesos confirmaron terriblemente sus temores. La guerra franco-prusiana que estalló en 1870, angustió su espíritu y cada hecho significó para

él un golpe más duro. Primero la derrota de Sedán, luego la ocupación de gran parte del territorio, el sitio de París y la vergonzosa rendición de Metz, para concluir todo con un tratado humillante.

Gracias a un amigo pudo trasladarse a Inglaterra antes que el cerco de París se cerrase, pero en vano se alejaba de su patria, porque sus desgracias le perseguían y al cabo de dos meses pasó a Holanda y luego a Bélgica, para estar más cerca de su tierra y volver en cuanto la invasión concluyese. Al fin pudo hacerlo, pero no fue sino para presenciar los sucesos más denigrantes: en la oscuridad de la derrota, caído el emperador y bajo un gobierno provisorio no bien asentado, el movimiento popular de la Comuna se adueñó de París y marcó su existencia con barricadas, sangre, ruinas y el incendio de los grandes edificios públicos y palacios de la Ciudad Luz.

Todo aquello lo veía como el desenlace fatal de la abyección moral en que había caído Francia después de tantos años de gobierno corrompido.

Era muy difícil que el rastro de esa larga pesadilla se borrara de su alma agobiada por los años y en vano buscó un olvido viajando por regiones cercanas. En una de esas jornadas sintió el grave síntoma de una dolencia y no quiso hacerse ninguna ilusión. "Cuando se ha llegado a los 73 años —escribía entonces— se puede sin pensar dejar esta tierra de gran decepción para ir a habitar un mundo mejor. No me importan los resultados de esta peligrosa enfermedad; serenamente estoy resignado a todos los designios de Dios".

Buscó entonces la tierra de sus antepasados para aliviar su cuerpo y su espíritu y nuevamente pudo disfrutar del famoso cielo y mar de Provenza.

¡Ahí estaban su atmósfera clara y las aguas profundamente azules del Mediterráneo, el perfil recortado de sus cerros, el oleaje del viento en los trigales encendidos, la sombra de olivos y limoneros y la llama verde de los cipreses!

Sintió que las fuerzas le volvían en la paz campesina de la granja familiar, con olor a heno y trino de pájaros inquietos; pero no era más que el último momento y el 29 de noviembre de aquel año de 1873, en sus ojos cansados se pagó para siempre la luz de Provenza y el recuerdo de Chile.